

La carretera de "los kilómetros"

El Nacional, 1957-04-08.

Pablo Ramón Rondón vive en Ipuro, un caserío cerca de Maturín. Cultiva un conuco que le da maíz, yuca y cambur para vender. Cría, con las sobras, unos cochinos Y además tiene unas "gallinitas", un diminutivo que usa a menudo el hombre del campo para reducir la importancia de lo que tiene, y que, verdaderamente, "puesto a vender no vale mucho".

Pero aunque sea poco, Pablo Ramón Rondón se pone "entre días" su camisa, pantalón y zapatos de ir a Maturin y sale a vender su "carguita" para comprar su comida: carne, un poco de pescado y arroz, "lo que uno pueda". Llega temprano en la mañana al mercado de Campo Obrero. Pero antes, cuando apenas ha amanecido pasa por lo que llaman Boquerón, en el kilómetro 3, entre Maturín y la alcabala de El Crucero (donde se le da al carro opción para viajar a Jusepín o Caripito) Pablo Ramón se detiene un momento en la capillita de la Cruz del Descanso, amarra su burro y prende una vela, que es lo que estaba haciendo cuando pasamos nosotros camino de Caripito.

-2-

Pablo Ramón Rondón atribuye la construcción de la capilla "hace unos cinco años" al señor Pedro Manuel Figuera, y dice que el cura de Maturín viene de vez en cuando a recoger las limosnas y administrar algunos bautismos. Queriendo ampliar detalles, pregunté más tarde a gente de la región a cerca de la capilla, y no me supieron decir si verdaderamente el Padre venía a bautizar y a celebrar Misa una vez al año, como me informó Pablo Ramón. Pero no tengo tampoco razones para poner en duda lo que me dijo, aunque él sabe más de lo que le pasa que de lo que ocurre en su derredor.

Lo que Pablo Ramón quiere y pide al Cristo del Descanso cada vez que pasa frente a la capillita es que le "ayude a trabajar, que los animales no se me mueran, que todo vaya p'arriba" (Me decía J. A. de Armas Chitty que en el Llano se dice "p'alante" con indudable relación geográfica). Estoy seguro que el Cristo atenderá las sencillas aspiraciones del campesino, y que si por alguna razón que se nos escapa permite El que las gallinas se las lleve una peste y que se le empiecen a morir los cochinos y que deje de llover hasta secársele el conuco, le dará fortaleza de ánimo para aguantar el golpe, y nuevas esperanzas para seguir trabajando.

-3-

Pero no hay miedo de que deje de llover un día en este verde pedazo de Venezuela. Así como escasean las lluvias en Paraguaná hasta casi poder contar con los dedos los días mojados del año, se pueden sumar sin más esfuerzo en esta carretera de "los kilómetros" los días en que va uno desde Maturín hasta Caripito sin recoger unas gotas de agua.

Cuando lo dejamos solo con su Cruz del Descanso vestida de piadosas flores de papel y sus milagros de agradecimiento, con sus dos velas prendidas en medio de un mar revuelto de esperma diluida con dios sabe cuántos enredos de aspiraciones, miserias y purezas de intención, Pablo Ramón estaba colocando un medio en un vasito donde "en veces dejó hasta un bolívar", que de vez en cuando "llega el Padre a recoger" para decir en la intención de los que temen por sus animales o los males de ojo o la sequía una Misa en la iglesia de Maturín.

Y comenzó una garuita que duró lo que aguanta una nubecita tendida al sol.

La carretera tiene a dos manos unos ricos matices de verde cerrado de maíz, cambur, guarumo (lo que en occidente llaman guarura), guayaba, coco, moriche, mango, y siembras de "vitualas" o verduras como apio, yuca, ocumo, batata, chaco (una batata chiquita, morada). Y como testimonio del hombre, unos ocre de ranchitos no muy viejos.

-4-

Este trazado de carretera entre Maturín y Caripito apenas tiene unos 15 años. La vieja era más o menos el doble del actual trayecto; quedó con curvas muertas con sus ranchitos a la orilla de esta nueva vía, con los mojones señalando los kilómetros. Y aunque hoy han desaparecido por completo, los parajes han conservado las denominaciones de la circunstancial medida kilométrica.

En esta carretera de "los kilómetros" se recuerda todavía que la curva mala está "en el 16", y que la capillita de la Cruz del Descanso queda en el kilómetro 3, que también llaman Boquerón, y que tal ranchito queda en el kilómetro 7. Pero para el viajero que no conoce la historia de la carretera lo que cuenta bien visible son los hitos de hombre, de mujer, de algún niño vendiendo su mercancía de frutas, como naranjas, limones, aguacates, piñas, cambures, plátanos, patillas, parchas, lechosas; o jojotos, o cachapas; o cacería, como lapa, cachicamo, picure o algún ave; o trabajo manual como escobas, cestos y silletas.

A veces alguien como Zonaida Araguayán, que tiene 14 años y una hermanita, Audelina Margarita, de dos años, desnuda y ya "aprendiendo a vender", y una perrita flaca llamada, no sé por qué ironía, "condesa", ha construido con ocho palos y unas anchas hojas de cambur un techo para resguardarse del sol y "las lloviznitas" para vender topocho a tres por locha, hasta tres bolívares y medio, si vende toda la mercancía de sol a sol. Nos dice con su seriedad de mujer cuajada en apenas un cuerpecito de niña, que aun le quedan en la casa, un rachito que se ve al fondo de la vegetación en lo que llaman

"Manifor 5", (llaman manifor al sistema de distribución de tuberías de un oleoducto) cinco hermanitos más.

-5-

Los hay, como Antonio Rojas, que por alguna razón oscura para nosotros e insensible y vitalmente natural para él se ha puesto, en este sitio solo de la carretera, a fabricar silletas y venderlas a los viajeros. Hace unas diminutas silleticas para niño con bejuco y madera que tiene a mano, y les pone un asiento ahuecado de paja recubierta con un pedazo de hule, trabajo limpio y muy hábil, todo por cinco reales, y unas escobas hechas con fibra de yagua, que sacan de la palmera, sujeta al palo con alambre unos ingeniosos pedazos de lata cortada de potes de aceite de automóvil que debe recoger en alguna bomba de gasolina, todo a 15 bolívares la docena. Cuando él no está, que estaba "por un caserío cerca, casa de un compadre", la mercancía se la vende Daría Guacuto, que es vecina suya. Daría aprovecha así para sacar algo de lo que le dará Rojas si vende su mercancía mientras ofrece sus "limoncitos", que vende a bolívar la ponchera o a real un plato bien rebosado.

Su taller de techo sin puertas que llegamos a curiosear con Daría es donde tiene un moriche, un machete, un Cristo florido y la imagen de un santo descolorido metido en marco y cristal, un par de cuchillos de filo ancho para trabajar su material, un poco de palo y bejuco tumbado en un rincón, y sobre una mesita, que debe ser de trabajo y de comer, una lámpara de kerosén hecha con una latica de cerveza.

Un poco más adelante, Carlitos Marcián, con sus 14 años y sin su escuela, se pasa el día ofreciendo jojotos y algún que otro cestón que fabrica Pedro Arrieta, su "viejo".

El cestón para guardar ropa que ofrece Carlitos Marcián por 10 bolívares está vendiendo, a bolívar la docena de jojotos.

-6-

Y Pablo Ramón Rondón, el conuquero de Ipuro que va "entre día" a prender una vela a la Cruz del Descanso para que preserve a sus animales de la peste, y Zonaida Araguayán, con su hermanita Audelina Margarita, que con sus dos años ya está aprendiendo a vender a la orilla de la carretera; Antonio Rojas, que no está, pero que lo representa Daría Guacuto, vendiendo silleticas a cinco reales y sus escobas a 15 bolívares la docena, y Carlitos Marcián vendiendo su derecho a descubrir un mundo de lectura por venderle al viejo, que tampoco sabe leer, sus jojotos a bolívar la docena y su cestón grande para ropa a diez bolívares, son parte de esta carretera de "los kilómetros" que ya perdió, no se sabe ni cómo, sus mojones, pero que para recordarlo guarda estos testimonios de humanidad a la orilla de un camino de máquinas que todavía están ellos lejos de comprender desde su borde indiferente de tierra y árbol.